

—Ab! bien!—dijo, y agregó: —La jorobadita está en una rosa del jardín.

Y dijo la cosa así porque él sabía desde niño que los duendes son un poco poetas y que la mejor manera de interesarlos es hablándoles de algo poético y que además, los duendes no son desafectos a las mentirillas.— El duende dió un salto de contento:

—Lo hubiera sabido antes, ¡qué poco inteligente soy!

Y salió disparado por la ventana como un pájaro. Se fué al colmenar y alborotó a las abejas y les dijo para engañarlas:

—Amigas, han florecido hoy todos los jardines, pero por la buena noticia me diréis si en el fondo de una rosa se oculta una jorobadita.

Y salieron las abejas y se fueron a los jardines y recogieron miel de todas las flores, pero en ninguna rosa encontraron a la jorobadita, y así se lo dijeron al duende, y éste se sintió engañado por el comerciante codicioso y aquella misma noche, el viejo tuvo un sueño muy feo, porque soñó que todo el oro de su caudal se había convertido en ratones y los ratones salían huyendo. Y del sueño se despertó y no vió más que las monedas que él se había ganado en sus malos negocios, pero el oro del duende había desaparecido.

A la mañana siguiente se vino el duende al pueblo y volviendo a sentarse al pie del mismo árbol, se dijo:

—¿A quién le preguntaré hoy dónde está la jorobadita?—Pensó que te pensó un rato y al fin se dijo:

—Pero tonto de mí, si quien debe saberlo es el poeta. Porque en el pueblo había un personaje estrambótico que se pasaba hilvanando versos. Ya lo creo, agregó el duende: éste es el único que tiene fantasía y el que sabe lo que otros no saben. Y lo que él mismo no sabe lo adivina.

Y de un salto ya estaba con el poeta, el cual se sentaba en las mañanas a ver el sol, entre las flores del jardín de la iglesilla de la aldea, porque él se decía: el sol es poesía, como las flores, como las estrellas. Y estaba déle que déle buscando un lindo verso.

—Qué difícil se le hace a veces a uno encontrar un lindo verso—se decía con no poco de angustia.

—Te daré los más bellos versos del mundo, si me haces un pequeño servicio.

Dijo el duende poniéndose en frente del poeta. Y éste, como era poeta, precisamente, no tuvo ningún temor del duende.

—Dime, pues, un centenar de lindos versos que me haga célebre en el mundo y te daré lo que quieras. Y a propósito, ¿qué quieres?

—Que me digas dónde está la jorobadita.

—Ya!—gritó entusiasmado el poeta al ver que le cobraba muy poca cosa por enseñarle versos inmortales. Pero en eso, como si alguien le soplara suavemente al oído, de modo que el duende no se diera cuenta, recordó lo de la leyenda de la jorobadita y pensó para sus adentros:

—Tal vez le voy a causar un gran pesar a este duende si le digo la verdad.—Pero era necesario sacarle los versos al duende, y además

él tenía su fantasía y pronto imaginó una mentirilla.

—Echa acá cuantos versos quieras y te diré en dónde está la jorobadita.

Y el duende le dijo como un millar de versos que él nunca había imaginado, tan bellos eran. Cuando hubo terminado le dijo el poeta:

—Ahora dime dónde está la jorobadita.

—Está en las transparentes aguas de un arroyo.

—Pues hombre—casi gritó el duende—. Tienes razón y yo que no había dado. Si fué en las aguas de un arroyo en donde vi por primera vez su imagen.

Y salió casi volando a donde los pecesillos y les dijo:

—Os tengo un banquete de padre y señor mío, pero tenéis que hacerme un servicio. Id por todos los arroyos del lugar y de la montaña y me buscáis a una niñita jorobadita, pero eso sí, antes de caer el sol debéis estar de vuelta.

Por algo dijo esto el duende, pero nosotros no sabemos por qué sería. Y se fueron los pecesillos que de por sí son discretos, sin decir una palabra. Y en millares recorrieron los arroyos de la montaña y regresaron donde el duende antes de caer el sol y le dijeron al duende uno por uno:

—Nada hemos encontrado.

—Pues me ha también engañado el poeta—se dijo el duende y esa noche, mientras el poeta miraba a las estrellas para decir los nuevos versos que había aprendido del duende, en medio de un corro de admiradores del poeta, porque tenía sus admiradores, sólo disparetes decía y los admiradores se reían de él, y desde aquel día le fué difícil sacar versos de la cabeza.

—Pero—se dijo el duende: yo sí que he perdido la cabeza. Pues no he ido donde el sabio que sabe todas las cosas.

Y se fué a donde el sabio, al cual encontró mirando las estrellas con un telescopio.

—Te haré ver no sólo las estrellas del cielo, sino otras estrellas a que no alcanza tu telescopio, si me dices en dónde está la jorobadita. Tú lo sabes todo. Pues así era verdad, el sabio lo sabía todo. Sabía el nombre de las plantas; distinguía unas piedras de otras. Conocía el nombre de todos los ríos del mundo, etc., etc.

Al viejo no le pareció muy seria la oferta del duende, pero en todo caso le dijo:

—Enséñame una sola de esas estrellas que tú dices y te diré en donde está la jorobadita.

Y al momento pasó un sin número de estrellas de colores distintos por enfrente de la ventana del sabio.

—Magnífico—dijo el sabio—. Per... También él recordó de pronto que no era justo revelarle al duende el secreto de la desaparición de la jorobadita y agregó como dudando:

—Hace un momento sabía yo en dónde está la jorobadita, pero lo he olvidado... Aguarda... ¡A voy recordando...

Y decía esto mientras se le ocurriera alguna cosa acertada con qué engañar al duende.

—Ya—dijo dando un salto—. ¿Sabes en dónde está? Está oculta en una piedra preciosa.

Entonces se fué el duende como en un cerrar y abrir de ojos y llegó donde las luciérnagas que miran en el fondo de las cosas y les dijo:

—Si me decís en qué piedra preciosa está oculta la jorobadita, haré que vuestra luz apague la luz del cielo nocturno.

Y se fueron las luciérnagas a los lugares donde duermen las piedras preciosas y vieron en el fondo de ellas una por una y en ninguna

Dr. E. García Carrillo

Electrocardiogramas
Metabolismo Basal
Radioscopia

Corazón - Aparato Circulatorio

CONSULTORIO: 100 vs. al Oeste de la
Botica Francesa

Teléfonos: 4328 y 3754

encontraron a la jorobadita y regresaron donde el duende y le dijeron:

—Hemos recorrido el mundo de las piedras preciosas, en ninguna hemos visto a la jorobadita, ni en el ópalo, ni en la esmeralda, ni en el rubí, ni en el jade...

Y el duende comprendió que también el sabio lo había engañado y volvió a la cámara del sabio y le destrozó todos los aparatos y el telescopio y aunque luego pudo arreglarlo, ya no le fué posible ver las estrellas porque siempre aparecía una tela de araña, y él no sabía si en el lente, si en el espacio, si en el cielo, si en sus ojos, si en su alma. Y casi se vuelve loco de desesperación.

Y viendo el duende que ninguno le decía en dónde estaba la jorobadita, dispuso volverse a su propio mundo, pero antes pasó por la casa de ella y sembró un rosal en el lugar en donde se reunían a menudo. Y el rosal creció y dió hermosas rosas, grandes como un sol, de colores vivos y radiantes como estrellas y allí está todavía el rosal.

San José, Costa Rica, dicbre del 42.

4 canciones

(En el Rep. Amer.)

MI NIÑO Y EL PAJARITO

*Ayer pasó un pajarito
celeste como es el cielo,
y le habló piando a mi niño
para decirle su anhelo.*

*Lo invitó a volar muy lejos
sobre la tierra corrupta,
encima del mar inmenso
y por la montaña abrupta.*

*Y mi niño levantaba,
alto, muy alto los brazos
y en su lengua incomprensible
le contestaba el mensaje.*

NIEBLA Y RISA

*La niebla viene jugando
de regar polvo muy fino
en el vestido zarado
de la montaña vecina.*

*En la boca de mi niño
la risa viene asomando,
y en sus mejillas de seda
todita se está regando.*

*Niebla y risa se parecen
en lo blanco y en lo puro,
las dos envuelven mi alma
en su manto de blancura.*

CON

Moore - Cottrell

North Cohocton, N. Y., E. U. A.

consigue Ud. una suscripción a este Semanario